

# MARY NASH. EL RECORRIDO HISTORIOGRÁFICO DE UNA ACADÉMICA NÓMADA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Rosa María Cid López

LA biografía de Mary Nash, tanto su trayectoria académica como su peculiar itinerario vital, es conocida, dado que ha sido objeto de entrevistas, en las que emerge la imagen de una gran historiadora.<sup>1</sup> En esta ocasión, es ella quien elabora el relato y nos ofrece un testimonio autobiográfico, en el que evidencia de qué modo sus propias experiencias personales han sido determinantes para que una joven e intrépida historiadora nacida en Irlanda se convirtiera en profesora catedrática de la Universidad de Barcelona, donde desarrolló su fructífera y dilatada carrera profesional. En su texto, junto a agudas reflexiones sobre lo que es y ha de ser el estudio del pasado desde la óptica de las mujeres y el género, su compromiso con el feminismo y la Historia, o las cuestiones que marcaron sus investigaciones. Entre otros muchos temas, refiere también experiencias personales, algunas especialmente trágicas y dolorosas, como la muerte de un hijo de corta edad. Desde sus memoraciones, adentrarse en la obra y vida de Mary Nash es hacerlo, como ella misma ha manifestado, en la de una mujer que es una historiadora de fronteras abiertas, una dominadora del babel de lenguas, una nómada, una *Outsider* y luego una *In Between* o, como a ella le gusta especialmente, una Valkiria en el Mediterráneo. En este caso, quizá convenga recuperar el sentido etimológico de valquiria, “la mujer poderosa, guerrera y que cabalga para elegir a los heridos” —ella añadiría mujeres heridas—, curarlos y facilitar su regreso al campo de batalla.

Cuando Mary Nash evoca su Irlanda natal, donde se licenció en Historia y Literatura Francesa, en la *University College de Cork*, insiste en sus tempranas inquietudes intelectuales y vitales, que la empujaron a salir del país y conocer otros mundos. No estaba dispuesta a seguir el destino de convertirse, simplemente, en madre y esposa, a ser *domesticada*. No le atraía el modelo del *ángel del hogar* decimonónico, como los que luego estudió, y claramente aún pervivían en los ambientes sociales y familiares propios de su infancia y adolescencia. Decidida a romper con este futuro nada o poco atrayente, y que rechazaba, empezó su nomadismo con su estancia en Turín, en el año 1967. Este viaje y posterior estancia marcarían indudablemente su forma de entender la realidad presente y pasada; en la ciudad italiana encontraría la diversidad, cultural e ideológica, que la atrajo e interesó, y sobre todo una forma de hacer Historia que poco tenía que ver con lo aprendido de la mayoría de sus profesores irlandeses. Este afán por viajar, conocer y estar atenta a la diversidad o a lo que significa ser otro, o ser otra, la ha mantenido siempre. Sin duda, su facilidad innata

---

<sup>1</sup> Véanse sobre todo, Inmaculada Blasco, “Entrevista a Mary Nash”, *Filanderas*, 4 (2019), pp. 93-101; y la semblanza que hizo la propia Mary Nash en “Mujeres, género y las fronteras abiertas de la Historia: una cartografía intelectual” en Jaume Aurell (ed.), *La Historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas*, Base, Barcelona, 2012, pp. 187-211.

para entender y hacerse entender en diferentes lenguas y culturas ha favorecido esta visión de lo diferente.

Con este bagaje, muy distinto al que podía ser el recorrido de la mayoría de las universitarias españolas del momento, llegó a la Barcelona de fines de los sesenta, concretamente en el curso 1968-69. Lo aprendido en Turín, gracias a una estancia de un fructífero curso académico, resultó crucial para que Mary Nash pudiera iniciar y luego mantener intensos contactos internacionales, como ha hecho toda su vida. La ciudad a la que ella llegaba era demasiado gris, como el cromatismo característico de los edificios de la ciudad catalana de entonces, que la sorprendió, pero que indudablemente definía también los ambientes académicos de la España de entonces, que empezaban a despertar de una época demasiado oscura.<sup>2</sup> Aunque las sociedades irlandesa y española en estos años podían mantener algunas similitudes, sobre todo por el peso de la religión, o incluso la propia forma de enseñar y concebir la Historia, la restricción de libertades no era equiparable para quienes habían vivido y sobrevivían bajo la dictadura franquista. Gracias al paso por la ciudad italiana, en un momento de efervescencia cultural, Mary Nash llegaba a la universidad catalana marcada por las corrientes intelectuales e historiográficas más novedosas aprendidas de los maestros Albert Soboul o Witold Kula, y por los contactos con Luisa Accati o Carlo Ginzburg, en esos años aún jóvenes promesas del oficio de historiadora o historiador, como lo era la propia Mary.<sup>3</sup>

Quizá Barcelona no albergaba ni intelectuales, ni centros académicos comparables al Turín de fines de los sesenta, pero sí había jóvenes entusiastas, claramente vinculados a la lucha antifranquista, dentro y fuera de la academia, y volcados en el afán de construir otra sociedad; en su militancia política y activismo social, sin duda, la Historia era importante y, aunque, de forma diferente, parecían dejarse sentir los ecos del mayo francés del 68. Este compromiso de la intelectual, que concibe la historia como arma de transformación social, parece que influyó en Mary, como sucedió a gran parte de su generación, y fue determinante para que ella se quedase en la ciudad catalana. Diversos avatares, como el acceso a documentos de las vencidas en la Guerra Civil, suscitaron su interés por un conflicto que había dividido a la sociedad española, pero al que ella se aproximaba como *Outsider*. Cualquiera que haya vivido en la España del momento es consciente de los silencios impuestos sobre determinados personajes y acontecimientos, y las dificultades, a veces insalvables, para rescatar testimonios de los perdedores de la contienda del 36. Su imagen de joven entusiasta, y sobre todo extranjera, muy probablemente favoreció que su director de tesis, Emili Giralt i Raventós, aceptara dirigir sus investigaciones sobre las anarquistas, las socialistas y las comunistas que emergen en la República, luchan en el campo de batalla y sobre todo en la retaguardia, pero finalmente son víctimas, igual que ellos, y deben sufrir la represión o el exilio.<sup>4</sup> En estos años, una tesina o tesis sobre estos temas contrastaba con la mayoría de las investigaciones imperantes.

Estos primeros trabajos, sobre todo su tesis, vistos con la distancia actual, marcan el inicio de la Historia de las Mujeres en la Universidad española. Corría el año 1974, cuando

---

<sup>2</sup> Si bien la propia Mary reconoce la importancia del magisterio de historiadores como Jaume Vicens Vives, al que no llegó a conocer. A lo que se puede añadir la importancia de los Coloquios en Pau, promovidos por Manuel Tuñón de Lara, donde se aprendía una nueva forma de hacer Historia, que en este caso estaba muy ligada a planteamientos del materialismo histórico, con tesis y planteamientos absolutamente novedosos para los historiadores e historiadoras, muy pocas estas últimas, de los centros españoles.

<sup>3</sup> Carlo Ginzburg publicó su famoso libro, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio el '500*, precisamente en Turín por la editorial Einaudi en el año 1976 (traducido y editado por primera vez en castellano por Muchnik, Barcelona, 1981). De Luisa Accati, véase *Il matrimonio de Raffaele Albanese. Novela antropológica*, Anabasi, Milán, 1994 (traducida al castellano por la editorial Càtedra, Valencia, 1995).

<sup>4</sup> La tesis se tituló *La mujer en las organizaciones políticas de izquierda en España 1931-1939*, y la defendió en la Universidad de Barcelona en el año 1977.

defendió su tesina de licenciatura, y Mary Nash había llevado a cabo, con dificultad, un ejercicio de visibilidad histórica de un nuevo sujeto, las mujeres, pero con atención a las perdedoras. Este trabajo hizo ver a otras universitarias con inquietudes intelectuales y políticas que era posible plantear temas diferentes en sus investigaciones; también cómo debían estudiarse, ya que en los años setenta casi nadie trabajaba ni sobre el colectivo femenino ni sobre episodios que aún seguían traumatizando a la sociedad española. Durante años, Mary Nash siguió prestando atención a estas mujeres, de las que descubrió lo que hoy llamaríamos su propia “agencia”, pero su percepción fue cambiando a medida que lo hacía también la forma de construir la historia en y sobre España. Por ello, procedió a actualizar este texto, que reeditó, con novedosas reinterpretaciones en el conocido libro *Rojas*.<sup>5</sup> Como ella decía, con la ironía y el humor de los que hace gala en los ambientes distendidos, “si pronto me van a enmendar y criticar, mejor lo hago yo misma”. El nuevo libro inmediatamente se convirtió en una obra de casi obligada lectura para acercarse al conflicto que marcó la España del siglo xx desde el protagonismo de las vencidas.

Estas publicaciones, cada una en su momento, marcaron un hito, sin duda, y fueron obras de referencia para las historiadoras, en especial las claramente definidas como feministas, muy vinculadas a lo que entonces era la Historia Social. Tal planteamiento se percibe en la obra de Mary Nash de su primera etapa, relacionada con trabajos sobre mujeres de la sociedad española, sobre todo catalana, del siglo xix y primeras décadas del xx, a las que se aproximó para conocer prácticas eugenésicas o su actividad social, ampliando de este modo sus líneas de investigación. Su labor fue pronto reconocida por determinados grupos de historiadores españoles, ya que formó parte del Consejo Editorial de esta revista, *Historia Social*, desde su creación en el año 1988.

Atenta a lo que estaba sucediendo fuera de España, Mary muy pronto estuvo al corriente de lo que estaban suponiendo los estudios de género y los inicios de la historia cultural. Estas novedades las quiso compartir con el resto de las historiadoras españolas, por lo que tradujo al castellano el conocido artículo de Joan Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, consciente de que el inglés era una lengua que no se conocía tanto en los ambientes académicos españoles del momento.<sup>6</sup> Gracias a esta traducción, muchas historiadoras tomamos conciencia de que podía suponer el género en la comprensión y análisis del pasado de las mujeres.

Muy pronto, estas corrientes novedosas a nivel historiográfico, la situación del momento en lo que implicaba la globalización y esa sensación de *Outsider* que nunca la abandonó condujeron a Mary Nash a explorar otras líneas de investigación muy fructíferas; de estas últimas, ha legado interesantes publicaciones que, de nuevo, se convierten en trabajos pioneros y han orientado la labor de historiadores e historiadoras. Me refiero al cuestionamiento de modelos universales, androcéntricos y eurocéntricos. En alguna ocasión, ha contado su experiencia de su viaje a Beijing, China, con ocasión de la celebración del *Año Internacional de las Mujeres* de 1995. Allí percibió la diversidad, y de qué modo otras mujeres reclamaban tener su propia voz, un poco cansadas de que las miradas de las gentes del Norte siguiesen guiando a las poblaciones del Sur, sobre todo a los colectivos femeninos *diferentes*. Mary Nash empieza entonces a reflexionar sobre los procesos de descolonización y el poscolonialismo, la creación de identidades, la percepción de la otredad, los problemas de la etnia y la raza o la incidencia de los procesos migratorios, en suma la complejidad de las di-

<sup>5</sup> Mary Nash, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil española*, Taurus, Madrid, 1999.

<sup>6</sup> Joan W. Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en James S. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y Género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1990, pp. 23-56.



*Mary Nash*

versidades culturales.<sup>7</sup> Edward Said está presente y Mary Nash coincide con él en su percepción y noción de los sujetos subalternos; un concepto que también resulta aplicable a la hora de referirnos a las mujeres como protagonistas del pasado. Todo ello, sin olvidar su interés por “historiar el poder de los discursos de género”.

Fruto de este trabajo, surgieron bastantes publicaciones, algunas de las cuales han alumbrado investigaciones fructíferas, no solo de tipo histórico, y útiles también para comprender el feminismo desde los feminismos. En estas publicaciones, que marcan su obra de los últimos veinte años, en realidad, Mary Nash está mostrándonos de qué modo podemos encajar lo cultural y lo social a la hora de entender el pasado, con protagonistas masculinos y femeninos, aunque en el fondo su interés primordial continúa centrado en las mujeres. Así ha sido, porque Mary Nash siempre ha querido ser identificada como historiadora de las mujeres y nunca quiso hacer lo que se llamaba el doble *currículum*, muy propio de las acadé-

<sup>7</sup> Algunas de sus reflexiones las plasmó en su conocido libro *Mujeres en el Mundo. Historia, retos y movimientos*, Alianza, Madrid, 2004.

micas de su generación; por fortuna, esto forma parte del pasado, se ha olvidado y debe explicarse que, con esa expresión, se alude a que para poder ascender o mantenerse en la carrera profesional, las investigaciones no se debían circunscribir solo a la temática de mujeres y se combinaban con otras cuestiones diferentes, ajustadas a lo que se consideraba académicamente más *serio*, y probablemente menos atractivo.

La larga lista de publicaciones de Mary Nash, conocida y de fácil acceso a través de las herramientas de internet, avalan el prestigio de la historiadora, pero esta audaz académica irlandesa-catalana llevó a cabo otra gran labor en la Universidad española, que se relaciona con la creación de espacios propios para quienes querían dedicarse a la investigación sobre las mujeres del pasado. De hecho, los estudios históricos sobre las mujeres y el género aparecieron antes en nuestro país y se consolidaron casi al mismo tiempo que en otros centros europeos o incluso norteamericanos por el empeño de Mary Nash, por su afán en impulsar y crear el marco institucional para su desarrollo. Muy pronto, en 1982, creaba el Centro de Investigación Histórica de la Mujer en la Universidad de Barcelona. Años más tarde, en 1992, por iniciativa de la Federación Internacional de Investigación de Historia de las Mujeres, promovió la AEIHM (Asociación Española de Investigación Histórica sobre las Mujeres), de la que fue su primera presidenta; quizá lo habitual hubiera sido el paso de la organización nacional a la internacional. Poco tiempo después creó la revista especializada en estudios de las mujeres, la conocida *Arenal*, de la que sigue siendo codirectora, junto a Cándida Martínez; en los inicios figuró también Reyna Pastor, recientemente fallecida.<sup>8</sup> Los temas tratados en los Coloquios y Seminarios de la AEIHM, o los artículos y temas monográficos que figuran en las publicaciones bianuales de la revista son más que elocuentes para mostrar de qué modo ha evolucionado la historia de las mujeres y la introducción progresiva de los estudios de género, de la propia evolución de una historia social hacia la socio-cultural, o simplemente lo cultural, en España. La buena salud de la revista y de la Asociación evidencia de qué modo en la Universidad española se han impuesto la Historia de las Mujeres y los estudios de género. Para ello, han sido imprescindibles la creación de Seminarios e Institutos universitarios, la instauración de Postgrados, Doctorados y, poco a poco, la introducción de asignaturas en los Grados. Curiosamente, Mary Nash consiguió implantar una asignatura en la licenciatura de Historia de la Universidad de Barcelona en los años setenta, pero esto, ante la realidad actual, está lejos de alcanzarse en la mayoría de las universidades españolas.

Esta labor de organizar y crear grupos evidencia, sin duda, otras capacidades de Mary. Le gusta mucho resaltar la importancia de los trabajos en equipo, dentro y fuera de la Universidad catalana, y así lo prueba la creación del Grupo Consolidado de Investigación, Multiculturalismo y Género en la Universidad de Barcelona, en el año 1997. La proyección de la historia de las Mujeres en los ambientes institucionales facilitó sin duda las conexiones con el exterior, fomentando la presencia de historiadoras como Michelle Perrot o Natalie Zemon Davis, en la Barcelona de los años ochenta, pero también la participación de grandes historiadoras como ponentes en los sucesivos encuentros de la AEIHM, de Temma Kaplan a Joan W. Scott, que tuvimos el privilegio de conocer las universitarias españolas, y no solo de leer. En este caso, ha de reconocerse la implicación de Mary en la internacionalización, promoviendo tanto la labor de las historiadoras españolas fuera como la introducción de especialistas extranjeras en nuestra universidad.

Su extraordinaria lista de publicaciones, de las que se resaltarán solo algunos títulos al final de este texto, su labor pionera en la introducción de estudios sobre las mujeres y el género, sus planteamientos novedosos en la historiografía reciente, su trabajo en la organi-

---

<sup>8</sup> El primer número apareció en el año 1994 y hasta la fecha, de forma bianual, se han publicado un total de 29 volúmenes. Véase *Arenal*. Revista de historia de las mujeres ([ugr.es](http://ugr.es)).

zación de espacios intelectuales y académicos en el marco institucional, su proyección internacional la hicieron merecedora de dos doctorados *honoris causa* por las Universidades de Granada y Rovira i Virgili de Tarragona.<sup>9</sup> Ha de señalarse que, como en otras muchas ocasiones, fue rompedora; en ambas universidades, ella fue la primera mujer e historiadora en recibir tales honores académicos y siguen siendo muy pocas las universitarias que han logrado ese reconocimiento. En este sentido, también se reconoce el alcance de su influencia en el libro titulado *Mujeres, dones, mulleres, amakumeak. Estudios sobre la historia de las Mujeres y del género*, en el que una notable lista de historiadoras españolas muestra con sus diversas aportaciones la huella del magisterio de Mary Nash.<sup>10</sup> Con anterioridad, por su prestigio académico y como muestra de su integración en la sociedad catalana, en 1995, se le otorgó el *Premiu Creu de Sant Jordi*.

Sin duda, el nombre de Mary Nash se liga al de otras historiadoras de su generación, españolas e igualmente feministas y comprometidas con los problemas de la sociedad de su tiempo, que contribuyeron a difundir nuevas formas de hacer Historia y de entender el pasado. Los estudios históricos sobre las mujeres en España no se entienden sin ellas, pero, al margen de su extraordinaria labor y esfuerzo, la decisión de esta activa mujer irlandesa de quedarse en Barcelona resultó crucial para marcar el inicio y la evolución peculiar de la historia de las mujeres en nuestro país. Y providencial ha sido que no haya renunciado a ser una *In Between* para ejercer de valquiria en su oficio de historiadora de las mujeres del pasado, para hacerlo desde las miradas de la otra y convertirlas en protagonistas del relato histórico, desde lo que las mujeres habían de ser y hacer, o lo que hicieron.

#### SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA DE MARY NASH

- Mary Nash, *Mujeres Libres. España 1936-1939*, Tusquets, Barcelona, 1975 (Trad. al francés 1977, 1979, italiano 1991).
- Mary Nash, *Mujer y movimiento obrero en España*, Fontamara, Barcelona, 1981.
- Mary Nash, *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*, Anthropos, Barcelona, 1983.
- Mary Nash (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Serbal, Barcelona, 1984.
- James S. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1990.
- Mary Nash, *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*, Arden Press, Denver, 1995.
- Mary Nash, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil española*, Taurus, Madrid, 1999 (7ª reed. 2017).
- Mary Nash y Diana Marre (eds.), *Multiculturalismos y género: perspectivas interdisciplinarias*, Bellaterra, Barcelona, 2001.
- Mary Nash, *Mujeres en el Mundo. Historia, retos y movimientos*, Alianza, Madrid, 2004 (reed. 2004, 2012, 2017, 2019).
- Mary Nash, Rosa Tello y Nuria Benach (eds.), *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Bellaterra, Barcelona, 2005.
- Mary Nash, *Inmigrantes en nuestro espejo: inmigración y discurso periodístico en la prensa española*, Icaria/Antrzyt, Barcelona, 2005.
- Mary Nash, *Dones en transició: de la resistència política a la legitimitat feminista: les dones en la Barcelona de la Transició*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 2007.
- Mary Nash (ed.), *Ciudadanas y protagonistas históricas. Mujeres republicanas en la II República y la Guerra Civil*, Congreso de los Diputados, Madrid, 2009.

<sup>9</sup> Para conocer la biografía y la obra de Mary Nash, véase sobre todo el texto de Teresa Ortega, “*Laudatio* pronunciada por la profesora doctora María Teresa Ortega López en apoyo de la petición de concesión del supremo grado de doctora *honoris causa* de la Universidad de Granada para la profesora doctora D<sup>a</sup> Mary Josephine Nash Baldwin”, en *Discurso pronunciado por la doctora D<sup>a</sup> Mary Josephine Nash Baldwin con motivo de su investidura como doctora honoris causa*, Granada, 2010.

<sup>10</sup> Se trata de un libro-homenaje, coordinado por Teresa María Ortega López, Ana María Aguado y Elena Hernández Sandoica, *Mujeres, dones, mulleres, amakumeak. Estudios sobre historia de las mujeres y del género*, Cátedra, Madrid, 2019.

- Mary Nash y Gemma Torres (coords.), *Los límites de la diferencia. Alteridad cultural, género y prácticas sociales*, Icaria-Antrazyt, Barcelona, 2009.
- Mary Nash y Gemma Torres (eds.) *Feminismos en la Transición*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2009.
- Mary Nash, *Trabajadoras: un siglo de trabajo femenino en Cataluña [1900-2000]*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2010.
- Mary Nash, *Represión, resistencia, memoria: las mujeres bajo la dictadura franquista*, Comares, Granada, 2013.
- Mary Nash, Enrique Díez Gutiérrez y Blanca Deusdad Ayala (eds.), *Desvelando la historia: fuentes históricas coloniales y postcoloniales en clave de género*, Comares, Granada, 2013.
- Mary Nash, (ed.), *Feminidades y Masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Alianza, Madrid, 2014.
- Mary Nash, “Turismo, género y neocolonialismo: la Sueca y el donjuán y la erosión de arquetipos culturales franquistas en los 60”, *Historia Social*, 96 (2020), pp. 41-62.
- Mary Nash, “‘Yo también soy adúltera’: Sororidad, hermanas adúlteras y los retos feministas de la Transición a las creencias establecidas sobre el género”, en A. Muñoz Fernández y J. Luengo López (eds.) *Creencias y disidencias, Experiencias políticas, sociales, culturales y religiosas en la Historia de los Mujeres*, Comares, Granada, 2020.
- Mary Nash, “Aurora Bertrana y Juan Manuel Serrat: género, novela y cine en la creación de imaginarios e identidades turísticas”, en A. Vives Riera y G. Torres Delgado (eds.) *El placer de la diferencia: Turismo, género y nación en la Historia de España*, Comares, Granada, 2021.

#### TESTIMONIO AUTOBIOGRÁFICO DE MARY NASH (LIMERICK, IRLANDA, 1947), UNIVERSITAT DE BARCELONA

Esta mirada retrospectiva abarca una larga vida de 75 años. Como guardiana de la memoria del desarrollo de la historia de las mujeres, se trata de un ejercicio que implica recordar, repensar y dar significado a eventos del pasado. Formo parte de la generación del 68, pero con la particularidad de una mochila de cultura irlandesa, ya que no me afincé en Barcelona hasta mayo de 1968. En Irlanda, los estímulos iniciales de mi madre, licenciada en historia y gran lectora de libros de historia, y la influencia de una monja profesora de historia en el bachillerato fueron decisivos en la elección de mi carrera como historiadora. A pesar del ambiente sumamente represivo en el colegio de monjas donde estuve internada seis largos años, esta profesora, más tarde represaliada por sus convicciones pedagógicas, supo comunicarme su pasión por la historia. Eran muchas las carencias educativas que confrontaban a las chicas irlandesas de aquel momento, ya que ni siquiera en mi colegio, uno de los mejores para chicas en Irlanda, se enseñaban las ciencias, consideradas aptas solo para una mente masculina. A pesar de vivir en un sistema democrático, el oscurantismo religioso permeaba toda la sociedad sin apenas una tradición laica. En la década de 1960 prevalecían prácticas patriarcales y misóginas reforzadas por la todopoderosa Iglesia católica que predestinaban a las chicas de mi generación, bajo amenazas omnipresentes, a una vida como esposas modélicas de familias numerosas, un destino semejante a las españolas bajo el franquismo.

Como hija de una familia acomodada conservadora en la Irlanda de entonces, se había previsto que antes de la universidad cursara un año de “Ciencias domésticas” para prepararme para llevar un hogar. Sin embargo, mi joven inconformismo hizo que me negara a seguir la trayectoria de mi hermana mayor. Mi insistencia rebelde y las buenas notas del Bachillerato, me condujeron felizmente a la Universidad de Cork, donde me gradué en 1967 con una doble licenciatura en Historia y Literatura francesa. En todo caso, los estudios universitarios para las chicas no se tomaban en serio ya que el objetivo era encontrar un novio universitario aceptable y casarse. Sin embargo, mi apasionante experiencia como estudiante truncó este destino. En el Departamento de Historia fueron muy inspiradoras las clases y también los nuevos debates entre jóvenes profesores y estudiantes. De igual modo que la historiadora Natalie Zemon Davis, esta etapa de estudiante resultó ser un “reino de la libertad”. Aunque las chicas intelectuales como yo éramos objeto constante de burla de otros

estudiantes, disfruté enormemente de la autonomía de la vida estudiantil y de la libertad de pensar y actuar fuera del mundo conventual escolar tan represivo.

Desviándome de la ruta matrimonial predestinada, mis inquietudes intelectuales y mi creciente inconformismo social me llevaron a la aventura insólita para una chica de abandonar mi país en octubre de 1968, un presagio de la rebelión existencial de la generación de jóvenes del 68 para conseguir la “libertad para ser” y mi rechazo de la vida doméstica preasignada sin horizontes de un proyecto de vida propio. El desasosiego y el cerrado conservadurismo sociocultural y, de manera inconsciente, de género, me empujarán a emprender la ruta de diáspora universitaria irlandesa, habitualmente reservado a los chicos. La ruta migratoria habitual era Gran Bretaña, Estados Unidos o Canadá, pero, en cambio, me encontré con Italia, el Mediterráneo y acabé en Barcelona, una trayectoria totalmente atípica para una chica irlandesa de mi generación. A los veinte años, una beca de postgrado me permitió adscribirme al Instituto Universitario de Estudios Europeos de Turín, Italia. Sin saberlo entonces, me estaba convirtiendo en un “sujeto nómada” que la filósofa Rosi Braidotti ha definido como mito que permite repensar y atravesar las categorías establecidas y niveles de experiencia “diluyendo fronteras sin quemar puentes”. Esta decisión me colocó en el terreno de los intersticios y, en términos biográficos de Edward Said, desde entonces, formo parte del *In Between* de culturas diversas y de otredades identitarias.

Pasé el emocionante curso de 1967-1968 en Turín, ciudad industrial de FIAT, inmersa entonces en vibrantes debates políticos y el activismo estudiantil y sindical. Además, el Instituto que me había acogido tenía como voluntad visionaria superar las fronteras entre los jóvenes procedentes del Occidente europeo y los de la órbita Soviética mediante la convivencia de un año y los estudios compartidos. Era apasionante el clima entre jóvenes estudiantes de la Unión Soviética, Rumanía, Yugoslavia, Italia, Francia, Alemania, Irlanda y España que vivíamos juntos en una singular propuesta de paz en plena Guerra Fría. En este marco, tuve la gran suerte de tener maestros historiadores de renombre como Albert Soboul o Witold Kula. Las magistrales clases de Soboul sobre las capas populares durante la Revolución Francesa afianzaron mi interés por la relectura de la historia en clave social. Así, antes de venir a España, tenía una experiencia excepcional a nivel cotidiano desde la pluralidad política y diversidad cultural y una formación historiográfica asentada en una perspectiva comparativa internacional que se convirtió en una de las bases para mi desarrollo posterior como historiadora.

A los 21 años, en plena revuelta de Mayo de 1968 con las fronteras españolas cerradas por Franco para evitar la contaminación de las revueltas sociales, pisé tierra española por primera vez. Llegué a Barcelona en barco desde Génova con un joven catalán, estudiante también del Instituto Universitario, que había sido expedientado por las protestas antifranquistas y el encierro de la *Caputxinada*. Mirando hacia atrás, evoco lo gris de las fachadas de los edificios de la ciudad de Barcelona, la policía, –los grises– en la calle, sombras surcadas por la luz intensa de la fuerza de la convicción política de confrontar la dictadura franquista. Parecía la plasmación de la subjetividad política colectiva popular evocada por Soboul durante la Revolución Francesa. De este modo, me incorporaba en esta comunidad de pertenencia de oposición antifranquista, atrapada por la esperanza de cambio político y social.

Al decidir permanecer en Barcelona, quise convalidar mi licenciatura, pero solo me reconocieron dos asignaturas, una que ni siquiera había cursado. Desconocía en aquel momento que las reglas de juego involucrasen la implicación de algún catedrático en los trámites. En el fondo fue una gran suerte ya que pasé los últimos años del franquismo como estudiante en el departamento de Historia Contemporánea de la entonces Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona. Me ganaba la vida como profesora de inglés en la Escuela de Idiomas de la Universidad de Barcelona y luego me incorporé como becaria y más tarde como profesora en el Departamento de Historia. Fue una experiencia magnífica: aprendía



Mary Nash

castellano en el aula en el contexto final del franquismo y participaba en las manifestaciones estudiantiles. La Universidad de Barcelona estaba cerrada a menudo, los grises nos vigilaban y compartía esa sensación de que los/las jóvenes podíamos cambiar y mejorar el mundo. Un privilegio haberlo vivido.

En la Universidad de Cork el contacto con un ambiente culto universitario de dos profesoras francesas que invitaban al alumnado a una tertulia y al té en su casa me había permitido saborear la cultura francesa más allá de las clases que a menudo nos presentaban clásicos como Racine, Baudelaire o Zola de forma censurada. En este contacto intercultural me di cuenta de manera inconsciente de que solo había profesoras en este departamento universitario, todo un modelo distinto de mujer profesional, admitido, sin duda, por ser nativas. Este mundo femenino de debates se asemejaba a las ilustradas salonières francesas y en este ambiente de “Querelle des Femmes” discutíamos acerca de la literatura o la filosofía en torno a figuras como Albert Camus, Jean Paul Sartre o Simone de Beauvoir no siempre presente en los planes de estudios. De manera paralela, mi pasión por la lectura me había introducido a Betty Friedan (*La Mística de la Feminidad*) y a novelistas irlandesas disidentes como Kate O’Brien en cuyas obras veía reflejadas mis inquietudes y desasosiego existencial.

En 1971, cuando reanudé mis estudios en la Universidad de Barcelona aun no existía el concepto de historia de las mujeres ni apenas en el contexto académico internacional. Entonces no se vislumbraba la posibilidad de realizar una historia centrada en las mujeres como protagonistas. Por tanto, no tenía referentes previos. Mis lecturas de Simone de Beauvoir

me habían impactado y también la idea de Virginia Woolf de que las mujeres no solo merecían una habitación propia sino, también, una historia propia. Notaba la ausencia de referencias a las mujeres en los cursos de historia, pero, lógicamente no tenía ninguna idea preconcebida de la necesidad de desarrollar una historia focalizada en las mujeres. Esta mirada cuajó, en parte, por casualidad en 1970, cuando al realizar un trabajo de investigación de curso, la bibliotecaria Montserrat Condomines me introdujo al llamado “infierno” –el lugar de material clandestino debido a la represión franquista– escondido en la Casa Ardiaca, el archivo histórico de Barcelona. Allí el hallazgo fortuito de documentación de organizaciones de mujeres de la Guerra Civil, en especial de Mujeres Libres, me impresionó. Su lectura me proporcionó las fuentes iniciales para demostrar la gran importancia de las mujeres durante la Guerra Civil. A la vez, investigar sobre la Segunda República y la Guerra Civil era para mí una opción de militancia política antifranquista. Fue fulminante el encuentro con estas fuentes desconocidas ya que situaban en un escenario histórico luchadoras organizadas comprometidas con la lucha antifascista quienes, además, eran defensoras de los derechos de las propias mujeres. Mi encuentro con la “Otra” silenciada, con fuentes históricas que evidenciaban la subjetividad histórica femenina, me impulsó a cuestionar la inapelable ausencia de mujeres en los relatos históricos. Comenzó irremediablemente mi fascinación por su vivencia histórica y, de este modo, emergió mi propósito de convertirlas en epicentro de una nueva narrativa historiográfica.

Convencida del protagonismo de las republicanas, mi atrevimiento juvenil, mi cultura académica diferente y, como “outsider”, mi escaso conocimiento de las estrictas reglas jerárquicas académicas de entonces, me llevaron a contravenir abiertamente la insistente voluntad del catedrático Emili Giralt sobre el tema de mi tesis doctoral. En lugar de seguir su recomendación de estudiar las revueltas de 1835 en Barcelona que había investigado, me empecé en mi intención de estudiar las mujeres en las organizaciones de izquierda durante la Segunda República y la Guerra civil. Mi propuesta fue insólita y totalmente contracorriente ya que nadie había dedicado una tesis doctoral a la historia de las mujeres. Además, la represión franquista había eliminado por completo cualquier conocimiento sobre las mujeres republicanas más allá de algunas pocas como Pasionaria o Federica Montseny. Fue un planteamiento muy atrevido que él aceptó como hombre liberal y de amplitud de mirada. Depositó una gran confianza en mis audaces propuestas de investigación, cosa que siempre le he agradecido. Presenté la tesina en 1974 sobre Mujeres Libres y luego la tesis doctoral en 1977. Cuando comentaba mi tema de investigación, mis compañeros se burlaban de mí. Era joven, guiri y minifaldera, con poca credibilidad, y me espetaron en varias ocasiones que lo había inventado todo, que era imposible que existieran organizaciones como Mujeres Libres o Mujeres Antifascistas. Las actitudes misóginas y sexistas no solo tenían que ver con la amnesia histórica del franquismo. Se debía a la actitud androcéntrica indiscutible de los historiadores incluso de los progresistas (marxistas de su época), para quienes las mujeres no eran sujetos históricos o políticos. Mi línea de investigación fue muy controversial ya que cuestionaba las creencias misóginas generalizadas que rechazaban la agencia histórica de las mujeres al considerar a los hombres como el único referente universal de las dinámicas históricas.

Este desafío constante me encauzó a la aventura de compartir mis investigaciones y dar a conocer los escasos estudios disponibles sobre las mujeres. Siempre me ha motivado abrir puertas y horizontes, a pesar de su coste personal. Así, en 1974, antes de terminar la tesis doctoral, propuse al Dr. Emili Giralt la creación de una asignatura dedicada a la Historia de las Mujeres, término que ni siquiera existía en aquel momento. De este modo empecé a impartir la asignatura pionera “Movimientos feministas en la España contemporánea” en octubre de 1975, aún bajo la dictadura franquista. La gran suerte de mi vida profesional fue la magnífica disposición del Dr. Emili Giralt que aceptaba mis atrevidas propuestas, si

bien no comprendía para nada las demandas exóticas de una joven guiri irlandesa aprendiz de historiadora, aunque muchos años más tarde me reconoció que como padre de hijas, lo entendía mejor.

Durante este curso pionero tenía que ir construyendo las clases de manera improvisada al carecer de antecedentes y materiales. Fue un gran compromiso y una enorme responsabilidad pretender dar un curso universitario sobre la historia de las mujeres, aún más al enfocarlo desde el feminismo, término muy conflictivo que suscitaba gran rechazo e incompreensión en el mundo académico entonces y durante muchas décadas. Quizá por mi juventud, estaba convencida que resultaría de interés para los/las estudiantes y una contribución a la docencia de la historia. Incorporaba mis lecturas, la documentación de archivos que iba descubriendo y libros de época como los de Carmen de Burgos, Emilia Pardo Bazán, María Campo Alange (María Laffitte) o María Aurelia Capmany. Más tarde integré en el *corpus* docente los primeros estudios de historiadoras como el libro de Rosa Capel sobre el sufragio femenino en la Segunda República. También intentaba relacionar las lecturas clásicas y la bibliografía de la naciente teoría feminista de principios de los años de 1970 a la historia de las mujeres que iba creando sobre la marcha. Fue un proceso de aprendizaje muy complicado ya que obviamente no existían recursos como repertorios bibliográficos o material de archivos, pero había mucha voluntad entusiasta. Al impartir este curso, se inició la primera institucionalización de la docencia en los estudios de las mujeres en la universidad española.

En los años de 1980 incorporé la perspectiva de género que dio a conocer el emblemático texto de Joan Scott que tradujimos bajo el título “El género: una categoría útil para el análisis histórico” (1990) en el libro que coedité con el historiador modernista James Amelang. Para mí, superar una historia que ignoraba las mujeres implicaba el doble camino de impartir docencia específica en asignaturas dedicadas a la historia de las mujeres y, de manera paralela, incorporar estos conocimientos y categorías analíticas en mi docencia general universitaria. De hecho, una muestra del arraigo de mitos y descrédito hacia la historia feminista y de las mujeres fue cuando un estudiante, por cierto, buen alumno que luego se convirtió en profesor universitario, me interrogó después de una clase sobre la historia de los Estados Unidos que le había entusiasmado, si yo me comportaba igual y realizaba un análisis riguroso semejante en mi asignatura dedicada a la historia de las mujeres. Al contestar que no me desdoblaba en otra persona, se sorprendió porque pensaba que en mi clase de historia de las mujeres se trataba de sesiones de terapia colectiva emocional en el aula. Por desgracia, el desconocimiento ha llevado durante décadas a minusvalorar las aportaciones historiográficas de la historia de las mujeres a menudo tachadas de emocionales o de adoctrinamiento feminista.

La investigación para mi tesis doctoral fue muy laboriosa. De entrada, nadie hacía caso a una joven investigadora que buscaba fuentes sobre mujeres. Siempre se me remitía a temas históricos de “mayor” interés y rigor. Existían, además, muchos obstáculos para acceder a la documentación ya que muchas fuentes sobre el obrerismo durante la Segunda República y la Guerra Civil habían desaparecido bajo la represión franquista y otras eran clandestinas o de difícil acceso en los años del tardofranquismo. Las archiveras que me permitían acceder a las reservas clandestinas fueron de una ayuda extraordinaria. En Ámsterdam consulté los magníficos fondos hemerográficos y documentales del Archivo de Instituto Internacional de Historia Social. Así, con el temor de represalias del ojo vigilante de la Guardia Civil franquista, volvía a Barcelona con la maleta llena de materiales anarquistas, comunistas y de la izquierda.

También me fue posible consultar los fondos en el archivo de Salamanca, entonces bajo mandato militar, donde pasaba largos meses de investigación. Fue posible mi acceso al alegar mi condición de extranjera cuando estaba prohibido a la mayoría de mis colegas

españoles. Consultar este archivo fue decisivo para aportar una documentación inédita a mi investigación, cosa que logré a pesar de las muchas trabas respecto a la consulta de numerosos documentos de su catálogo, a menudo localizados en el archivo personal del historiador franquista Ricardo de la Cierva. Fue una experiencia muy angustiante por el ambiente militar represivo ya que consultaba materiales prohibidos sobre el obrerismo, la izquierda y las mujeres. Tenía que camuflar el propósito real de mi investigación y alegaba que realizaba estudios demográficos o sobre el trabajo. A menudo tenía la impresión de que podía acabar en el calabozo al consultar documentos sobre anarquistas y comunistas con los nombres marcados en azul o rojo de cara a su represión en la inmediata postguerra. Además, fue en ocasiones muy traumático y peligroso por la necesidad de confrontar el trato vejatorio de acoso sexual (término aun inexistente en aquel momento) de algún militar del archivo a mi persona como joven investigadora extranjera, con todo lo que significaba la intimidación del privilegio militar franquista. Me acuerdo de haber corrido por las calles de Salamanca y refugiarme en una Iglesia para escapar de su acoso.

Un primer resultado de mis investigaciones fue el pequeño libro, *Mujeres Libres: España 1936-1939* (Tusquets, 1975), al que tengo en gran estima. Se realizaron numerosas reediciones al convertirse en un pequeño best-seller internacional porque el incipiente movimiento feminista encontró en él una genealogía femenina de precursoras desconocidas. Así, el mito de la ausencia de mujeres relevantes en la Segunda República se vino abajo al establecer el eslabón perdido de antecedentes ignorados de luchadoras por los derechos de las mujeres.

Durante los años setenta mi creciente implicación en el feminismo pasó de un despertar individual a una consciencia colectiva cuando participaba en grupos de autoconsciencia feminista. Fue otra gran experiencia vital. Las sucesivas reediciones del libro *Mujeres Libres* y la crítica feminista antifranquista al Año Internacional de la Mujer (1975) me llevaron a organizar en el entorno de mi asignatura un ciclo de debates en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona entre el 24 de marzo al 5 de mayo de 1976. Bajo un título paradigmático del lenguaje de la época “La problemática actual de la mujer en España” y, pese a la represión, concebimos una amplia convocatoria más allá del ámbito universitario. La convocatoria fue un llamamiento a las “Compañeras del campo, de la industria, universitarias, amas de casa, ¡Compañeras todas! con el interrogante ¿Qué es lo que os une?, ¿qué es el que os separa?” Estas mesas redondas públicas pioneras de debates feministas fueron uno de los antecedentes del gran encuentro fundacional del movimiento feminista catalán de la Transición, las *Jornades Catalanes de la Dona* celebradas poco después (27-30 mayo 1976), también en la Universidad de Barcelona.

Mi tesis doctoral se publicó en 1981 como *Mujer y movimiento obrero en España* (Fontamara). Su recepción fue muy dividida en el mundo académico. Al fijar la centralidad de las mujeres como sujetos históricos, abrió un agrio debate sobre la especificidad de la experiencia histórica femenina, rechazada de lleno por la mayoría de los historiadores. Los razonamientos que lo desacreditaban alegaban que las mujeres no tenían historia propia y la idea androcéntrica generalizada era que ellas ya estaban incluidas en los estudios al quedar subsumidas bajo el canon universal de un sujeto histórico masculino universal. Otras críticas eran más burdas al equiparar la historia de las mujeres con la de la bicicleta o la patata, es decir, un sinsentido. Otro registro apuntaba que no tenía valor historiográfico ya que se trataría forzosamente de un mero testimonio emocional carente de rigor científico.

Es cierto que mis libros y artículos aportaban un enfoque transgresor que en su fondo cuestionaba algunos de los paradigmas centrales de la historiografía de aquel momento. Al repensar ideas arraigadas de un universalismo neutral androcéntrico, suscitaban algunas reacciones bastante virulentas, pero, por suerte, generaron también un interés y valoración positiva en el mundo académico. Dedicarse a la historia de las mujeres no solo era un atrevimiento

en el mundo universitario sino también un enorme riesgo para el avance de una carrera académica. Efectivamente, la única manera de hacerse valer era demostrando un enorme rigor y solidez de conocimientos mucho más allá de lo exigido entre nuestros colegas.

Convencida de la necesidad de incorporar los conocimientos generados por los estudios sobre la historia de las mujeres, me pareció desde el principio necesario presentar mis resultados no solo en *forums* más receptivos sino también en otros más hostiles. Así, acudía de manera regular a numerosos congresos de diferentes áreas de la historia para resituar el pasado en clave de mujer. Como joven profesora, me acuerdo de la necesidad de armarme de valor para presentar mi investigación. Tenía la sensación de meterme en la boca del león, siempre ante un auditorio hostil y burlón y llevar sobre mi espalda la gran responsabilidad de convencer a mis colegas del rigor y mérito académico de la historia de las mujeres. Tenía que superar los prejuicios anclados, las enormes reticencias y las descalificaciones inmediatas. Por esto nunca podía bajar la guardia y, como comentó años más tarde una joven colega, aparentaba siempre una gran seriedad. Hacía falta un sobreesfuerzo para presentar cualquier comunicación o artículo con la exigencia de llegar a un alto nivel para impedir su inmediata desacreditación. Ninguneada y menospreciada como historiadora o feminista, sin ni siquiera escuchar o leer mi trabajo, en esta tesitura solitaria me inspiraba en la fortaleza de convicción de las sufragistas. Tuve que soportar las barreras de una inapeleable cultura académica misógina, los intentos de desautorizar mis publicaciones y el menosprecio de colegas durante mucho tiempo. Además, la discriminación abierta o latente dificultaba la promoción en la carrera, e incluso algún catedrático se jactaba en público de que, con mi perfil especializado en la historia de las mujeres, jamás accedería a una cátedra. Incluso de joven catedrática se me acosó con amenazas para impedir que me presentara a cargos académicos. Los micromachismos eran constantes y el poder corporativo patriarcal omnipresente. Un ejemplo de su ostentosa visibilidad fue la presencia durante unos dos años de dos preservativos enmarcados como decoración en la pared de un director de Departamento.

Desde los inicios de mi carrera, mi investigación se centraba en la historia de las mujeres desde una perspectiva feminista. Pese a las dificultades y sugerencias de dedicarme a ámbitos históricos más provechosos, no quería cultivar el doble *curriculum* y desarrollar de manera paralela otras líneas de investigación. Por esto se me penalizaba ya que se consideraba de menor valor o carente de ello una carrera especializada en la historia de las mujeres. Además, en gran medida hasta finales del siglo xx, los historiadores que no se dedicaban a la historia de las mujeres no consideraban necesario conocer las aportaciones de nuestra disciplina, pero en cambio, el conocimiento de los demás aspectos de la historiografía fue un constante requisito a nosotras. Sin embargo, es muy importante remarcar que frente a la cultura académica misógina mayoritaria, en varias ocasiones decisivas en mi vida académica, tuve la enorme suerte del gran apoyo de colegas historiadores. Algunos que ni siquiera me conocían personalmente, pero respetaban mi investigación, me apoyaron en las oposiciones a cátedra frente a las fuertes presiones para impedir que una mujer con mi especialización sacara la plaza. Efectivamente, la discriminación no derivaba de mi condición de extranjera sino del hecho de ser mujer, feminista y dedicada a la historia de las mujeres.

En 1988 mi carrera aislada en la vida académica se transformó de manera excepcional con la fundación de la revista *Historia Social* bajo la dirección de Javier Paniagua y José Antonio Piqueras cuando me invitaron a formar parte de su Consejo de Redacción. Ellos me auspiciaron una magnífica plataforma de debates historiográficos desde la historia social. Siempre les llevo un enorme agradecimiento por romper las asentadas barreras académicas e incorporarme a la comunidad de pertenencia de la revista y de los historiadores que configuran su Consejo de Redacción. Sin duda, fue un magnífico apoyo no solo a mi perfil como historiadora sino al reconocimiento externo de la historia de las mujeres desde la transversalidad en los debates de la revista. Desde hace más de treinta años *Histo-*

*ria Social* ha sido un espacio muy significativo en mi cartografía intelectual y vital al contrastar los paradigmas de historiar las mujeres y el género con los avances en la historia social y compaginar tertulias y afecto en torno al ritual del arroz negro después de las reuniones. Como historiadora de fronteras abiertas, entiendo que la historia de las mujeres no puede ser sectorial, sino que crece y se profundiza a partir del diálogo con los planteamientos más enriquecedores de la historiografía.

La escritora Virginia Woolf reclamó una habitación propia como espacio decisivo para su autonomía y desarrollo intelectual. A lo largo del siglo xx las investigadoras hemos reclamado un despacho propio como lugar obligado para la creatividad científica. Además, he considerado que esta imprescindible individuación espacial tiene que ir acompañada de espacios colectivos de estímulo, apoyo y debate. Por esto, entre los años de 1970 y 1990, me dediqué a crear un conjunto de “habitaciones propias” colectivas de historiadoras para desarrollar la investigación, la transferencia y el reconocimiento de la historia de las mujeres en una cultura académica poco receptiva.

En 1982, hace ya 40 años, tuve la enorme satisfacción de crear el primer espacio universitario dedicado a la historia de las mujeres, el Centro de Investigación Histórica de la Mujer (CIHD). Ubicado en el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI), Universidad de Barcelona, fue uno de los primeros en la institucionalización de los estudios de las mujeres en el mundo académico español. Impulsar este centro fue muy dificultoso ya que no existía una tradición universitaria semejante, pero lo viví con una confianza vital. Desde finales de la década de 1970, había presentado mi proyecto al Dr. Emili Giralt, director entonces del CEHI, quien accedió finalmente a esta propuesta insólita. De nuevo, su apoyo fue determinante a la hora de facilitar el avance académico de la historia de las mujeres. Así, empezó la andadura de desarrollar un centro con una acreditación universitaria, pero con un perfil feminista totalmente ajeno a la cultura académica vigente. Recuerdo que este proyecto utópico, liderado por una joven historiadora extranjera, se me antojaba como una meta gigantesca. A pesar de la complejidad del reto, albergaba la convicción de un compromiso esperanzador y de confianza de futuro. Con una mirada retrospectiva, tengo la impresión de un tiempo vertiginoso ya que había recibido mi doctorado solo cinco años antes. Aunque no era consciente de ello entonces, los tiempos vitales también me animaban ya que se trataba de un proyecto personal de futuro tras el fallecimiento de mi hijo y con la esperanza de dar horizontes más igualitarios a mi hija.

Me lancé a dar vida a esta apuesta de feminismo académico en el marco de un precioso edificio singular de la Universidad de Barcelona en la Calle Brusi de Barcelona. Así, nos reunimos las escasas historiadoras a quienes les interesaban la Historia de las mujeres en la órbita de la Universidad de Barcelona y otras universidades catalanas. Siempre he tenido una cultura académica y feminista abierta a la incorporación de maneras distintas de trabajar y de pensar diferentes de la mía, porque creo que es desde iniciativas plurales y diversas como avanzamos para fortalecer la historia de las mujeres. Así, se incorporaron al CIHD profesoras de perfiles historiográficos, ámbitos distintos de investigación y pensamiento feminista plurales, ilusionadas con este nuevo proyecto colectivo universitario. Centrado en la Historia, fue un espacio feminista académico que acogió también a historiadoras internacionales como Michelle Perrot, Louise Tilly o Natalie Zemon Davis que nos dieron un gran apoyo. Durante más de una década funcionó como espacio abierto de encuentro y debates historiográficos en clave feminista de historia de las mujeres con la celebración de coloquios y seminarios. En este contexto me pareció de gran interés la propuesta del Ministerio de Educación de crear un posgrado de formación en coeducación no sexista allá por 1991. Al abrimos a la primera experiencia en docencia universitaria de posgrado, encajaba en nuestros objetivos de transferencia de conocimientos feministas al abarcar los estudios y la historia de las mujeres y los aplicados al campo de la pedagogía y la didáctica. La propuesta in-



*Mary Nash*

troducía y reforzaba una metodología feminista coeducativa de contenidos no sexistas en la educación secundaria con la docencia de especialistas nacionales e internacionales. Fue de una envergadura importante al implicar la presencia de dos profesoras de secundaria de cada provincia de España como estudiantes del posgrado. De este modo, pareció una excelente oportunidad de abrir el CIHD más allá de los circuitos que teníamos establecidos.

Fue una experiencia estimulante pero muy laboriosa al significar aprender rápidamente la gestión de algo nuevo: un posgrado en estudios de las mujeres. Con la excepcional aportación de las especialistas en coeducación del Ministerio, preparamos materiales no sexistas en todos los ámbitos de la docencia impartida en secundaria. El objetivo del postgrado era que cada estudiante volviera como técnica especialista a su provincia para introducir un currículo igualitario, coeducativo y no sexista en los planes de estudios oficiales. Tengo muy grato recuerdo de las personas que asistieron a estos cursos, de las amistades formadas entonces y del proyecto feminista y docente que compartimos. Por otra parte, la iniciativa fue un hito al constituir la primera institucionalización de un posgrado universitario en

estudios de las mujeres, un paso significativo en la acreditación de la docencia universitaria feminista. La dura contrapartida fue un sobreesfuerzo agotador con la intensa dedicación al trabajo ya que iniciativas como estas nunca se vieron compensadas con la reducción de docencia. En este sentido creo que comportaba este exceso de trabajo con las historiadoras que entonces emprendieron actividades paralelas. Desafortunadamente, el postgrado provocó un conflicto con algunas compañeras del CIHD que lo consideraron una institucionalización de los estudios feministas carente de interés al no dirigirse expresamente a un alumnado feminista, aunque es cierto que el profesorado y el plan de estudios transmitían conocimientos feministas. Así, fue una experiencia con consecuencias muy divisorias en el CIHD entre las partidarias de un espacio académico feminista abierto al mundo universitario con la intención de integrar conocimientos feministas y de la historia de las mujeres en los planes de estudios y la formación de nuevas generaciones universitarias y aquellas que abogaban por un espacio para feministas. Esta confrontación interna refleja la huella de las divergencias crecientes en el propio movimiento feminista a partir de la década de los noventa, cuando la sororidad feminista cohesionadora inicial dio paso a desavenencias irrevocables. Finalmente, el grado de conflictividad me llevó a la determinación de que había terminado mi vínculo con el CIHD. De este modo se truncó un proyecto que había requerido una enorme dedicación y compromiso como joven historiadora feminista, pero finalizó por un conflicto entre feministas, confrontación que había estudiado en el movimiento feminista histórico pero que no anticipaba tan cercana.

Por fortuna, a partir de finales de los años 1980 ya se habían abierto nuevas puertas colectivas de tejido académico que significaron la creación de dos duraderas “habitaciones” colectivas de estímulo historiográfico feminista, acreditación académica y lazos profesionales. Me refiero a la Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres (AEIHM) y a la revista *Arenal, Revista de Historia de las Mujeres*. A lo largo de tres décadas la AEIHM y *Arenal* han alcanzado una reconocida dinámica de proyectos adaptados a los avances, inquietudes y nuevos retos emergentes de la historia de las mujeres. Han jugado un papel fundamental en el asentamiento de la historia de las mujeres al aportar un entorno académico de gran rigor acompañado de un tejido de apoyo y de reconocimiento de las investigadoras.

Mi participación en la primera reunión del comité nacional de la IFRWH (Federación Internacional de Investigación en Historia de las Mujeres) en 1989 en Bellagio, Italia, condujo al encargo de crear en España una asociación dedicada a la historia de las mujeres. Era la respuesta al rechazo a los conocimientos sesgados tradicionales y al creciente empuje de la Historia de las mujeres en España y a nivel internacional. De modo que en 1990 me puse en contacto con un núcleo de historiadoras dedicadas a la historia de las mujeres procedentes de diferentes universidades españolas. Su magnífica respuesta y compromiso con esta iniciativa llevó a la formación de la Comisión interuniversitaria que dio pie a la creación de la AEIHM en 1991. Con esta mirada retrospectiva, considero que fundar y presidir durante su primera etapa la AEIHM ha representado un gran hito en mi itinerario académico. Durante más de tres décadas los diferentes equipos de la AEIHM han propiciado un foro notable para las especialistas, el reconocimiento y la constante renovación de la Historia de las Mujeres a partir de los seminarios y coloquios bianuales celebrados.

La sintonía, la afinidad intelectual y el compromiso feminista del equipo fundador de la AEIHM nos llevó a crear otro espacio decisivo, *Arenal, Revista de Historia de las Mujeres*, publicada desde el Instituto de Estudios de la Mujer, Universidad de Granada. De largo recorrido de décadas, su primer número vio la luz en 1994 bajo la codirección de Reyna Pastor (CSIC, directora honorífica, *RIP*), Cándida Martínez (Universidad de Granada) y yo misma (Universidad de Barcelona) y su Consejo de Redacción formado entonces por Ana Aguado, Rosa M. Capel, Pilar Ballarín, Tere González (*RIP*), Gloria Nielfa, Margarita

Ortega, Lola Ramos, M. Xosé Rodríguez, Susanna Tavera y Mercedes Ugalde. Con el nombre *Arenal*, quisimos significar la revista con referencia a la figura excepcional de Concepción Arenal, pero también como símbolo de los arenales en constante e imperceptible movimiento y transformación como el feminismo académico y la historia de las mujeres. Desde entonces *Arenal* se ha encauzado como revista de investigación, análisis y de reflexión crítica en torno a la experiencia colectiva de las mujeres y las relaciones históricas de género. Siempre atenta a la aparición de nuevas categorías analíticas que permitan avanzar en la renovación historiográfica, la revista ha recogido debates que han abierto nuevos horizontes sobre la actuación de las mujeres como sujetos históricos. A lo largo de estos años su publicación ha puesto en evidencia los sesgos interpretativos patriarcales y ha resignificado muchos de los parámetros interpretativos de las metanarrativas históricas. Hace tiempo que el equipo *Arenal* se identifica como las “Arenales”, en una comunidad de pertenencia de aliante historiográfico feminista, sororidad y apreciada amistad renovada con la incorporación de otras historiadoras.

Durante la década de 1990 el reencuentro intelectual con mis raíces irlandesas en el marco de los debates sobre el poscolonialismo y el hecho de vivir la alteridad cultural y las identidades plurales en la nueva sociedad de la globalización, impulsaron una nueva cartografía intelectual desde la clave de los discursos de alteridad de género y de la otredad postcolonial y su significado en la historia contemporánea. Mediterránea de corazón, pero atípica por el perfil de celta Valkiria, dominadora del Babel de las lenguas, sin su total dominio, conocedora del lenguaje corporal mediterráneo que está fuera de lugar en los foros más al Norte, mi escasa conciencia de alteridad hasta entonces fue resignificada como *Outsider – In Between* en este período. En efecto, la llegada de los nuevos flujos migratorios globales desplazó las habituales preasignaciones identitarias de forastera/extranjera a la de inmigrante/diversidad/cultura de diáspora. Fue entonces cuando me empezaron a llegar las indagaciones sobre mi identidad migratoria, aspecto que hasta entonces apenas configuraba mi repertorio intelectual e identitario.

Desde finales de la década de 1980 esta tesitura personal e intelectual motivaron un giro en mis estudios para ampliar mi investigación y docencia a temas conectados con las identidades poscoloniales, la otredad y la diversidad cultural, en aquel momento poco explorados desde la perspectiva histórica de género. Así, en 1997 impulsé la creación del Grupo Consolidado de Investigación Multiculturalismo y Género de la Universidad de Barcelona. Esta nueva “habitación colectiva” plural, diversa y creativa de ideas, retos y apoyo de varias generaciones de investigadoras/es, ha sido decisiva desde entonces al ofrecer un espacio de reflexión conceptual que me ha permitido relacionar contextos históricos, políticas identitarias y representaciones de otredad y de género. La incorporación de jóvenes investigadoras/es ha proporcionado un espacio inestimable de trabajo en equipo, intensos debates y propuestas enriquecedoras para repensar las categorías analíticas establecidas. Ha puesto en valor el significado de los sistemas de representación, la alteridad cultural y de género y la percepción de las prácticas históricas en relación con temas como la diversidad cultural, la mediterraneidad o el turismo. Quiero recalcar mi inestimable relación con este Grupo de Investigación que he dirigido durante más de 20 años. He tenido la inmensa suerte de estar rodeada de un magnífico equipo de investigadoras/es que me ha acompañado con gran estímulo intelectual y afecto que continúan más allá de mi carrera académica oficial. Siempre me ha preocupado el relevo generacional y la garantía del legado de la historia de las mujeres y del género. Es importante la continuidad de las líneas de investigaciones emprendidas y su renovación más allá de las personas individuales que inicialmente lo impulsan. Modificar la cultura académica patriarcal es un gran reto que requiere el esfuerzo de generaciones, y, en este sentido, es un motivo de gran satisfacción el valioso relevo generacional en mi Grupo.

Acorde con los nuevos tiempos, surgen nuevas formas de sociabilidad académica. Guardo un enorme aprecio a la última en aparecer a partir del 2017, gracias a la iniciativa de la catedrática Teresa Ortega y la complicidad de numerosas historiadoras y de un historiador que crearon inicialmente una nueva “habitación” colectiva de las Valquirias, en alusión a una autorreferencia mía. No tengo palabras para expresar la inmensa alegría, fortuna y enriquecimiento que representa formar parte de esta comunidad de pertenencia de Valquirias, una red sólida, afectuosa, de apoyo desde la sororidad feminista, el estímulo académico y el aliciente compartido en momentos difíciles.

En este largo recorrido de cuatro décadas, no cabe duda de que se ha producido la consolidación académica de nuestra disciplina académica de la Historia de las Mujeres. Su salud es incuestionable pero aún queda camino por andar. Falta su normalización en los planes de estudios universitarios y su integración transversal en las asignaturas generales además de un reconocimiento mayor de los paradigmas de la historia de las mujeres en las metanarrativas de la historia de España. A mi modo de ver, estas barreras se relacionan con la continua dificultad de reconocimiento por parte de una cultura académica aún de signo patriarcal oculto. Al presentar conocimientos nuevos que puedan erosionar paradigmas historiográficos asentados, la historia de las mujeres resulta incómoda para algunos sectores del entorno académico. El análisis histórico de diferentes *corpus* de conocimiento ha evidenciado el carácter socialmente construido del saber. La obra de Suresh Canagarajah *A geopolitics of Academic Writing*, señala la problemática del reconocimiento de autoridad y de difusión de las categorías analíticas y de los estudios desarrollados por un colectivo históricamente alejado de los centros de poder y de la autoridad académica. Por esto hacen falta mayores cuotas de igualdad y acabar con las complicidades o la inacción de las personas en el entorno académico con respecto a las discriminaciones latentes.

*Mary Nash. El recorrido historiográfico de una académica nómada en la España contemporánea*

*Mary Nash. The historiographical journey of a nomadic academic in contemporary Spain*

ROSA MARÍA CID LÓPEZ  
Universidad de Oviedo

### **Resumen**

En este texto se presenta el itinerario académico de Mary Nash, resaltando sus aportaciones historiográficas y su labor para promover la historia de las mujeres y los estudios de género en la universidad española. Desde la proyección de una especialista en la sociedad contemporánea, se percibe la evolución de una Historia, primero Social, y ahora Socio-cultural o Cultural; también las dificultades para investigar el papel de las mujeres y lo femenino en los discursos sobre el pasado hasta hace no demasiado tiempo. Se valora el impacto de sus primeros trabajos sobre las mujeres españolas de la República y la Guerra Civil, y la importancia de sus reflexiones más recientes sobre los multiculturalismos, las migraciones o el post-colonialismo desde el género.

*Palabras clave:* Mary Nash, Mujeres, Género, Historia de las Mujeres, Historia de Género, Historia Cultural, *Outsider*, Alteridad, Sujeto subalterno, multiculturalismo, diversidad, postcolonialismo, Segunda República, Guerra Civil, Franquismo.

### **Abstract**

This text presents the academic itinerary of Mary Nash, highlighting her historiographical contributions and her work to promote women's history and gender studies in Spanish universities. From the projection of a specialist in contemporary society, the evolution of a History, first Social, and now Socio-cultural or Cultural, is perceived; also the difficulties in investigating the role of women and the feminine in discourses about the past until not too long ago. The impact of her first works on Spanish women of the Republic and the Civil War is valued, and the importance of her most recent reflections on multiculturalism, migration or post-colonialism from gender.

*Keywords:* Mary Nash, Women, Gender, Women's History, Gender History, Cultural History, *Outsider*, Otherness, Subaltern Subject, Multiculturalism, Diversity, Postcolonialism, Second Republic, Civil War, Francoism.

### **Rosa María Cid López**

Catedrática de Historia Antigua de la Universidad de Oviedo, coordinadora del Grupo Deméter. Maternidad, género y familia y directora de la Colección Deméter, editada por Uniovi y Trabe. Especialista en historia de las mujeres y el género en las sociedades antiguas, ha estudiado sobre todo las biografías de Cleopatra y Livia entre otras mujeres, o temas como la religión, el trabajo o el poder, sin olvidar cuestiones historiográficas. Entre sus publicaciones más recientes, destacan la coedición de *Motherhood and Infancy in the Mediterranean of Antiquity* (Oxford, Oxbow, 2018) o *Madres y familias en la antigüedad. Patronos femeninos en la transmisión de emociones y de patrimonio* (Trea, Oviedo, 2021).

**Cómo citar este artículo:**

Rosa María Cid López, “Mary Nash. El recorrido historiográfico de una académica nómada en la España contemporánea”, *Historia Social*, núm. 105, 2023, pp. 119-138.

Rosa María Cid López, “Mary Nash. El recorrido historiográfico de una académica nómada en la España contemporánea”, *Historia Social*, 105 (2023), pp. 119-138.